



























por ordenarlos cronológicamente. La infancia le avasallaba con toda su fuerza y le importaba mucho más que Vidal. ¿Cómo dar prioridad a unas vivencias frente a otras?, ¿cuál era el primer recuerdo?, ¿dónde estaba ese momento fundacional de conciencia de la vida? Quiso encontrarlo en las ficciones que leía por trabajo, en esos guiones y novelas que le pasaba su agente, y que a menudo le daban qué pensar. Admiraba esa capacidad de administrar la información y de dar al lector destellos de trama como cebos que conducían a una casa de cuento. Hoy esas casas eran una, la suya, la casa de su cuento particular, la que estaba en Valdecádiar, en el barrio alto, en una calle estrecha, sombreada, en la que siempre hacía frío. Ese era quizás su primer recuerdo, el frío, el frío combatido con las ganas de correr, los juegos, las risas, los lloros, los aprendizajes y el entusiasmo que tan poco tenían que ver con el entusiasmo de ahora, este presente exitoso y a la vez inseguro, frágil, que le había enfriado su manera de ser imponiéndole un corazón mucho más hermético y calculador que antaño. Durante su infancia sabía quererse a sí misma, aceptarse, sabía admitir sus defectos precisamente porque los obviaba. Ahora era consciente de ellos, de sus limitaciones, de sus arrebatos repentinos contra Vidal, de sus dudas, de su talante irritable. Él era de buena familia, había heredado este piso en el que vivían y, más allá del desgaste de los años, estaban bien, ¿pero bastaba con eso? Apuró al máximo la colilla y la lanzó a la calle sin mirar siquiera si pasaba alguien. Cerró el balcón. Le llegó el eco de esos ronquidos que tantas veces la desvelaban si a medianoche se despertaba para ir al baño. Ya

eran las 2 de la madrugada y tenía que volver a la cama. Al entrar en la habitación se descalzó con cuidado, aunque, en verdad, despertar a esa bestia, con todo lo que había bebido y comido, fuese harto complicado.

De nuevo bajo las sábanas piensa en su padre muerto, y en todos los años que durmieron juntos y ella cerraba los ojos sintiéndose el ángel de una fábula. Qué bien dormía con él, qué bien se duerme cuando el carácter aún no es capaz de volverse contra uno mismo, pensaba. Echó en falta el cansancio que normalmente la dejaba rendida después de las funciones. Con los ojos abiertos volvió inevitablemente a Valdecázar, con la certeza de que, mientras perseguía esa primera sensación, iba a pasar la noche en blanco. Tocaba decir adiós al jardín por segunda vez en una noche, ya se han ido, adiós, adiós mi juventud, adiós mi bello jardín. Adiós, padre. ¿Padre? Extraña palabra, ayer hueca, cuando no le decía nada, y que ahora sin embargo le decía tanto. Mañana debería repetir lo mismo, en el mismo escenario, pero ahora el día de mañana y el escenario quedaban muy lejos, porque entre medias se extendían un granero repleto de trastos que su abuela tenía el valor de llamar juguetes, pieles de animales, zarríos inservibles, días sin horarios y vísperas de fiesta, carreras, y una inocencia por cuya pérdida ahora, esta noche, por recuperar de ella ni que fuera un pequeño porcentaje, pagaría con lágrimas y con años. Como un arqueólogo, el pensamiento de María se fue aproximando a su infancia y nuevamente le fue dando la mano a su padre. Los dos en el camino de los huertos, el aire seco y harina en el

talego. El tacto de la franela del pantalón en la mejilla, el barro de los pies. Y un perro, sí, sí, su perro. Y también se encontró con un maestro cuyo nombre no atinaba a recordar, pero sí su fisonomía y también a su mujer, tan pizpireta ella, Esperanza, eso, Esperanza. Y a una amiga a la que no quiso perder y de la que, sin embargo, ya nunca más supo, la quejica y cándida Piedad. Así se imaginó leyendo su vida con la necesidad que acarrea querer sobrevivirla. Ahí estaba, puesta en páginas, escritas por alguien muy parecido a Rafael, el vecino con el que se había reencontrado hoy, al que había dado el teléfono y a quien, ahora estaba segura, llamaría en cuanto la claridad se hiciera cargo del cielo para decirle que sentía haberlo tratado así, (ay, esa soberbia tan absurda, y que tantas comeduras de cabeza le causaba luego. ¡Pero si se habían criado juntos!, siempre le pasaba lo mismo, ¿quién se creía que era?) y para que la sacara de dudas, ¿cómo había muerto?, ¿por qué?, y para que le ayudara así a entender todo aquello a lo que llevaba años dando la espalda.

María Broto aflojó el hilo dorado del recuerdo para ir deshilvanando fragmentos. Se dedicó a repasar la parte de su historia que conocía de primera mano, como si necesitara reconstruir su figura, esa que ella misma había roto pensando que ya tendría tiempo de recomponerla, y buscara una respuesta a la pregunta que tantas veces se había hecho, sin compartirla con nadie que no fuera el hombre que roncaba a su lado, ¿por qué lo quiso tanto y por qué dejó de quererlo?, ¿por qué se quisieron tan mal?, ¿quién era él, ahora que estaba muerto y ella entendía que, como en las obras de teatro que interpretaba y reflejaban la

vida, también ella habría de morir? Qué lejos quedaba la muerte cuando tenía tres años. No existía ni siquiera el concepto, ni siquiera la posibilidad de no estar. De niña nombraba cosas y personas que iban a durar, «abuelo», «agua», «castillo», «piedra», «huerto», ¿cómo iba a dejar de existir un abuelo, un padre?, ¿cómo iba a dejar de estar el perro, un corral, un vecino, aquel torreón? De niña una sale a la calle y estrena el mundo cada día, y maldice que le corrijan un ímpetu que, sin ser consciente, ella misma aprenderá con el tiempo a mitigar. ¿Cuándo se deja de estrenar el mundo? Cuando era niña estaba en paz con las costumbres, con la repetición de los días, con quienes la guiaban en los primeros pasos (el maestro, el padre, la tía Gracia, la abuela Amparo, el abuelo Zacarías) porque todo iba a durar siempre.

Siempre, esa palabra que también creyeron que estaba hecha para ellos, Vidal y ella. Siempre. ¿Cómo puede existir una palabra cuyo significado es incompatible con la vida?, preguntaba María Broto al vacío, Vidal a su izquierda, rompiendo el húmedo silencio, la rendija de la puerta con un arañazo de luz tenue del pasillo, pensando ¿en qué momento la vida deja de ir para adelante y te obliga a volver? En este, tal vez, se dijo, resignada, sintiendo el avance, la estricta sinrazón del arrepentimiento, y sola, ahora sí, como si finalmente habitara en esa verdad hecha de tiempo que, como un puñado de tierra, era imposible de retener entre las manos.